

No es exagerado afirmar que en la actualidad la época franquista es el período histórico de la España contemporánea que recibe mayor atención de los historiadores. Hoy por hoy se cuentan por decenas los libros que analizan de forma rigurosa las características del *Nuevo Estado* franquista, sus políticas sociales, las políticas económicas, el impacto social y político de la represión, etc. Empiezan a publicarse estudios sobre los apoyos sociales del régimen franquista -con frecuencia de carácter local-, y son muchísimos los libros que argumentan documentalmente la imbricación entre la dictadura y la Iglesia católica. Incluso libros solventes como *Víctimas de la guerra civil* han vendido miles de ejemplares, lo que es una muestra del interés existente por nuestra historia más inmediata.

Y aún así, todavía hoy se afirma a menudo que la sociedad española está sometida a un proceso de amnesia colectiva sobre su más reciente pasado. ¿Qué explica que sectores significativos de la población tengan esta percepción? La cuestión no es de escasa importancia, porque si la situación de la historiografía sobre la época franquista es bastante buena, y en proporciones significativas los estudios históricos son rigurosos y diversos, la queja reiterada sólo se explica porque los resultados de la investigación académica no llegan ni al conjunto de lo que podríamos calificar como "población ilustrada". Este fenómeno preocupante tiene un origen claro. El análisis del franquismo se ve condicionado por varios factores confluyentes. Por un lado existe un problema de desconexión entre la historiografía académica y los medios de comunicación —que son los que generan opinión-, al tiempo que en el mercado editorial los libros sobre el período franquista a los que se da mayor difusión con frecuencia son poco sólidos, prescindiendo de la investigación y, en muchas ocasiones, fomentan una falsa memoria de la dictadura. Esta realidad tiene que ver, lógicamente, con las funciones políticas de la Historia, con el hecho que las instituciones —políticas, sociales ...- siempre seleccionan del pasado — más cuando éste es tan cercano- unos acontecimientos e hilos explicativos y no otros, con lo que se transmite una visión de la historia que es parcial pero que se considera funcional para el presente y para el futuro. Es en este contexto de parcialidad dominante en el que se puede entender el surgimiento de múltiples voces que claman contra echar en el olvido la memoria del franquismo; una parte de la sociedad, aquella que el régimen franquista denominó durante mucho tiempo la 'Anti-España', percibe que el régimen político actual —o lo que es lo mismo las fuerzas políticas dominantes- en unos casos no han hecho nada para facilitar, y en otros casos han impedido la incorporación a la memoria colectiva de factores esenciales en la explicación de nuestro pasado reciente como son, entre otros, la voluntad de acabar con la democracia y los demócratas, presente en el origen de la guerra civil española, muchas de las consecuencias terribles de la implantación del régimen franquista, o la importancia de la lucha de miles de personas contra de la dictadura y a favor de la instauración de un régimen democrático.

Pero al margen del componente político, la percepción de tergiversación de la memoria del franquismo se ve alimentada también por la publicación en los últimos años de un conjunto de libros, que podríamos englobar en la categoría de "crónica sentimental" de la España franquista, y que son en buena medida producto de la trivialización para el consumo que afecta a tantos aspectos de la vida actual. No se trata de cuestionar la existencia de estos libros en sí, que se podría considerar incluso saludable, sobre todo si comparamos estas obras con muchas otras de las que pueblan buena parte de los escaparates de las librerías; es remarcable, por ejemplo, el esfuerzo realizado por los autores para recopilar publicaciones hoy casi inaccesibles y muy dispersas —libros de texto, revistas, etc-, así como la calidad de las ediciones y la diversión que proporciona su lectura. Para los docentes, por ejemplo, es extraordinario tener reunidas en un solo texto muestras del adoctrinamiento ideológico al que se sometió a la población española durante casi cuarenta años, y para los estudiantes es agradable poder aprender de forma entretenida.

Sin embargo, estos textos pueden ser muy útiles para la enseñanza pero muy distorsionadores leídos privadamente y sin guía, dado que la recopilación de esos ejemplos no lleva automáticamente a un análisis de su contenido. En este sentido se podría afirmar que, al margen de la pretensión de los autores, los comentarios que introducen los recopiladores, con frecuencia burlescos, llevan a una lectura emocional, en el que se prima el carácter “provinciano” e incluso ingenuo del discurso adoctrinador franquista, pero que, por eso mismo, deja escondido su concreto carácter político; este tipo de presentación refuerza fácilmente una percepción de inocuidad, de vanalización del régimen franquista, que está penetrando en buena parte de la sociedad española por acción y por omisión.

El primer libro que obtuvo un gran impacto comercial fue *El Florido Pensil. Memoria de la escuela nacional-católica* de Andrés Sopena, publicado en 1994; en la cubierta interior del *Florido* se afirma que “este libro, al desdramatizar con una eficaz comicidad todo ese gran tinglado de vaciedad e ignorancia, puede ser el exorcismo que nos ayude a echar de dentro lo que nos queda de los viejos demonios, que no es poco”.

En los últimos años, Luis Otero se ha convertido en el más prolífico de los recopiladores de materiales de esta naturaleza y, dado el éxito editorial obtenido, ha publicado en cascada un conjunto de libros con los que parece pretender cubrir los distintos ámbitos de socialización franquista. Así a *Gris marengo* siguió *Al paso alegre de la paz*, *Mi mamá me mimá*, *La española cuando besa*, *La Sección Femenina*, y –finalmente, por ahora- *Flechas y Pelayos*. Un carácter distinto, por cuanto no reproduce documentos originales, es el libro de Juan Eslava *Escuela y prisiones de Vicentito González*, que alguna reseña presentó como fiel reproducción de las escuelas franquistas. Aunque más dispersos, también se encuentran en el mercado materiales tan característicos de la época franquista como la reproducción de la *Enciclopedia Alvarez* o los catecismos que, en este caso con una interesante introducción, recopilaron Enrique Miret Magdalena y Javier Sádaba en *El catecismo de nuestros padres*.

Si estos libros existen es porque hay un público que quiere recordar el franquismo. El problema aparece cuando el tipo de memoria que fomenta este tipo de bibliografía ayuda a potenciar un recuerdo del franquismo falso, que se impulsa consciente o inconscientemente desde la vida política y la superficialidad característica de los medios de comunicación. Una lectura atenta de estos textos permite constatar el adoctrinamiento ideológico en los valores del nacionalismo agresivo, del racismo, del antifeminismo característicos del régimen franquista; igualmente se puede reflexionar sobre el énfasis puesto en la obediencia, la jerarquía o la sumisión. A los párvulos se les inculcaban unos valores morales y políticos de larga duración cuando aprendían a escribir repitiendo “querré siempre a mis inferiores”, o cuando aprendían a leer recitando que “la nación es el conjunto de personas que hablan de la misma manera, viven en una tierra que es suya y tienen todos el mismo Jefe. Todos los españoles formamos la nación española y nuestro Jefe es el Caudillo Franco”. A los algo más mayores se les insistía en axiomas como “El niño mirará al mundo; la niña mirará el hogar”, o “si a los ciudadanos de un Estado se les consiente que cada uno piense en política como quiera y obre según piense, en lugar de un pueblo organizado tendremos un caos social”.

Los textos son de gran interés pero, sin embargo, pueden convertirse en una pieza más en la cultura acrítica y manipuladora de la historia que se está imponiendo. Para evitarlo sólo sería preciso que, como mínimo en una introducción, se afirmara -y se enviara a bibliografía específica- que lo reflejado en aquellas páginas respondía a un proyecto político -el que dio vida al golpe militar que al fracasar derivó en guerra civil-, que acabó con la democracia republicana –que a su vez permitió que la sociedad se articulara más libremente y que los distintos sectores sociales pudieran defender sus intereses-. Si al reproducir un catecismo se puede leer que el sindicalismo es uno de los errores condenados por la Iglesia, y que el argumento que los niños debían aprender de memoria era

que el sindicalismo era brutal y pernicioso, porque “no respeta la moral ni el derecho y por medio de la revolución intenta la ruina de la sociedad y el reparto universal de las riquezas”, para enmarcar el texto sería preciso tan sólo alguna acotación sobre la constatación que la religión tenía en aquel momento un programa político implícito que negaba la libertad de los individuos en todos los órdenes.

Porque, como se puede comprobar en los mismos textos que estos libros recopilan, el franquismo manipuló hasta el extremo la Historia de España para hacer creer a miles de españoles que el Glorioso Movimiento Nacional fue un alzamiento ante el caos y la degeneración a que se había llegado con la II República, momento culminante del agotamiento nacional al que gobiernos incapaces habían llevado España a lo largo de más de un siglo. Es más, si no se quiere contribuir a la vanalización del franquismo será necesario que los autores de las “crónicas sentimentales” seleccionen también citas referentes al sentido de inclusión/exclusión en la ‘comunidad nacional’, uno de los principios básicos del fascismo, y las consecuencias que podía tener en la identidad de los niños. Resulta fácil encontrar citas que abundaban en la idea de la Anti-España, excluída de la comunidad nacional, afirmaciones como la de Galo Ponte Escartín, que escribía en 1938: “no distingo entre buenos y malos (españoles) porque no considero españoles a los que van contra España y, por tanto, sólo son españoles los creyentes en el Movimiento”.

La complementariedad entre la investigación académica y la “crónica sentimental” puede existir, sólo es preciso que ésta recoja –si es que no quiere colaborar en la manipulación política de la historia- aquellas obras, sin duda no tan divertidas pero sí rigurosas, que explican como el régimen franquista destruyó con sangre, exclusión y humillaciones la memoria de la España laica, progresista y -en una parte pequeña pero no despreciable y en cualquier caso muy europea- revolucionaria, que proponía otro tipo de articulación social bien distinta a la España conservadora, reaccionaria y/o contrarrevolucionaria que se impuso con la instauración del régimen franquista. El pasado es la memoria que queda de los acontecimientos que sucedieron. En la sociedad actual no sólo los historiadores tienen la obligación de ser rigurosos a la hora de darle luz, porque no son ellos principalmente los que tienen los instrumentos para formar la memoria colectiva. Es responsabilidad de las generaciones de hoy contribuir a que una parte de los españoles puedan abandonar el exilio interior en el que debieron vivir durante décadas, para lo cual es imprescindible incorporar a la historia de España tanto la memoria del franquismo como del antifranquismo, que contribuyó decisivamente a la instauración del régimen democrático. Y todo ello sin perder el sentido del humor.